



Clausura

Alfredo Dagnino

Documento del grupo de investigación PROSOPON¹

Barcelona, Abril 2010

Magnífico y Excelentísimo Señor Rector de la Universitat Abat Oliba CEU, Excelentísimo Señor Vicerrector de Posgrado y Calidad de Investigación. Excelentísimo Señor Don Rafael Alvira. Excelentísimas e Ilustrísimas autorías académicas. Excelentísimos Señores Rectores Honorarios de esta Universidad. Ilustrísimos Señores de la educación del Arzobispado de Barcelona. Muy queridos y distinguidos ponentes, intervinientes y congresistas; profesores y alumnos de esta universidad: Amigos todos.

Como presidente de la fundación y Gran Canciller de la Universidad CEU Abat Oliba me es muy grato poder compartir con todos ustedes estos momentos de clausura de este primer congreso internacional sobre educación y que lleva por título *Una sociedad despersonalizada: Propuestas educativas*. Quiero, en primer lugar, aprovechar la ocasión que me brinda esta sesión de clausura de este magnífico y cuidado congreso internacional, para felicitar muy vivamente a la Universidad y a todas las personas que, perteneciendo a la comunidad universitaria, han tenido que ver en promover esta iniciativa. Una iniciativa que como se decía hace un momento al Rector, es una iniciativa de todo punto acertada en este momento en el que vivimos, que es enormemente trascendente y que va a lo esencial, al fondo de eso que Benedicto XVI llama “la emergencia de la educación”. Y va a lo esencial desde la verdad de la educación y recuperando, en el contexto de esta sociedad despersonalizada, precisamente, la centralidad de la persona humana y de su dignidad que es esencial para contemplar en el sentido más pleno y más profundo lo que constituye la tarea de la educación. De ahí mi felicitación a la Universidad Abat Oliba CEU y, muy particularmente, a la persona del Rector y al resto de los miembros del Consejo de Gobierno y quiero mencionar muy específicamente a Enrique Martínez que ha sido su inspirador y su director y a quién debemos también la dicha de que se haya podido celebrar. Agradecimiento que como siempre hago extensivo a todas aquellas personas, autoridades, directivos, personas que sirven, en la Universidad CEU Abat Oliba y en la Fundación, por el cuidado y el esmero para realizar un Congreso de estas características, que tiene mucho trabajo detrás. Gracias a todos ellos.

También agradezco y felicito a aquellas instituciones que han colaborado y patrocinado este encuentro. A todas aquellas personas que han intervenido como ponentes, como intervinientes en las mesas redondas o que han presidido las diversas sesiones y a todos aquellos que han asistido como congresistas y que se han sentido atraídos, precisamente, por la belleza del programa y por la profundidad de las reflexiones que se han abordado en este congreso. Gracias a todos ellos.

Un Congreso que se dedica a lo esencial, que es la educación. Educar hoy es, no quiero decir nada extraordinario, una de las grandes cuestiones que se sustancian hoy en la sociedad. Reflexionar con rigor y con hondura sobre lo que significa educar hoy es, a mi modo de ver una tarea urgente e ineludible. Y lo es, con carácter general, en los tiempos

¹ Clausura del Congreso Internacional “¿Una Sociedad Despersonalizada? Propuestas Educativas”, de la Universitat Abat Oliba CEU (Barcelona, 13-15 de abril de 2010).



que vivimos, en este contexto cultural, antropológico y social, pero particularmente para nuestra casa, para el CEU y muy particularmente para esta Universidad CEU Abat Oliba, por lo que implica de prestar la atención en algo esencial que son las jóvenes generaciones y que son el futuro de la sociedad: nuestros niños, nuestros jóvenes y nuestros adolescentes, y que además pone de relieve, se ha dicho antes ya, por parte de Rafael Alvira, que la tarea, y en esto tenemos que poner especial énfasis, corresponde ante todo a la familia. A la primera escuela humana e iglesia doméstica, a la escuela de virtudes en la que el hombre nace, crece y se desarrolla en plenitud, con dignidad y de un modo integral, y a la que corresponde de manera primaria e indelegable la formación de las personas, la transmisión de la fe, y la educación en las virtudes, morales y teologales. Educar hoy, y para una obra educativa de la identidad y de la misión del CEU y de la Universidad CEU Abat Oliba, es educar, además, en la fe. Es educar en el seguimiento y en el testimonio de una relación viva con Cristo y con el Señor, que es la tarea fundamental en la vida y en la misión de la Iglesia como comunidad de creyentes. La Iglesia, cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo, en la que hemos sido engendrados y educados, precisamente para llegar a ser en plenitud y en dignidad hijos del Padre. Como nos recuerda con insistencia Benedicto XVI, lo hizo por primera vez en una célebre carta a la diócesis de Roma hace dos años, y desde entonces apela a este concepto de manera insistente y reiterada, debido a que hoy cualquier labor de educación, parece cada vez más ardua, el Santo Padre proclama por activa y por pasiva que el momento en que vivimos es de una gran emergencia educativa. Un momento de creciente dificultad, de formar las nuevas generaciones en los valores fundamentales de la existencia humana. Dificultad que atisbamos tanto en la escuela, como en la familia, y también en la universidad. Se trata de una emergencia inevitable, pues nos encontramos una sociedad sumida, y hasta carcomida por el relativismo, ese relativismo al que tantas veces se ha referido el Santo Padre, concebido hoy como un credo, como una especie de dogma que impregna el ambiente social, cultural, antropológico y también político de nuestra comunidad en la que falta la luz y el esplendor de la verdad.

A estas alturas no hay que ser particularmente inteligente para llegar al convencimiento de que nos hallamos inmersos en una gran revolución cultural gestada desde tiempo atrás. Los últimos Pontificados, y muy singularmente Benedicto XVI, de una formar u otra, directa o indirectamente, se han referido constantemente a ella. Desde hace unos decenios asistimos en Occidente a una profunda transformación en la manera de pensar, de sentir y de actuar. Y se ha producido y se producen con vocación de consolidarse, una verdadera revolución que se asienta en una manera de entender al hombre y al mundo en la que Dios no cuenta y, por tanto, independientemente de Él. El olvido de Dios, o lo que viene a ser lo mismo, el relegarlo a la esfera de lo individual, constituye uno de los dramas fundamentales de nuestro tiempo. No hay otro que se le pueda comparar en radicalidad y en lo amplio y trascendente de sus consecuencias, también en el orden cultural y en el campo de la educación. Esto es lo que está detrás del laicismo, esencial, ideológico y excluyente que se pretende imponer en nuestra sociedad. Se trata de edificar la ciudadanía, la ciudad secular, de construir una ciudad en la que Dios no cuenta y, para ello, enraizando una visión dominante del hombre, del mundo y de las cosas, en la que Dios no cuenta y en la que no hay un hombre que no tenga más horizonte que su propio mundo y su propia historia, en la que sólo cuenta su capacidad creadora y transformadora. Este laicismo que rebrota como una nueva ideología, constituye y representa un auténtico proyecto de ingeniería social, un alcance antropológico que comporta en su entraña erradicar, extirpar, nuestras raíces cristianas más propias y liquidar todo un patrimonio espiritual y cultural arraigado en dos mil años de cristianismo que constituye el anclaje y los fundamentos de nuestra civilización. Unos principios morales que nos caracterizan



como Occidente y que vemos como se sustituyen en la cultura dominante por una suerte de cientifismo, por una razón práctica e instrumental o por un relativismo moral que como bien señaló el Cardenal Ratzinger, momentos antes de ser proclamado Pontífice, se erige en una auténtica dictadura del relativismo. El relativismo también, aplicado en la cultura y en la educación, al no reconocer nada como definitivo está en el centro de esa sociedad carcomida por él. Una sociedad que ha dejado de creer en la verdad y en su búsqueda y en su lugar, duda escépticamente de ella y la posibilidad de acceder a ella. En este gran cambio cultural se nos insta a todos a asumir un horizonte de vida y de sentido en el que ya no hay nada en sí y por sí mismo verdadero, bueno, justo y bello. Y es así como poco a poco se ha ido decantando una mentalidad que niega la posibilidad y la realidad de principios y de verdades estables y universalmente válidas, se niega la ley natural y la existencia de una moral anterior y objetiva, previa a la comunidad política y del que derivan derechos indisponibles e intangibles por el Estado. La realidad misma que deriva de la belleza de la creación, del orden creado y de la propia naturaleza digna de todo ser humano que se impone y que es anterior a nosotros, se niega. Se hace perder y olvidar la memoria que nos constituye a todos como Occidente y como comunidad humana. Y todo depende del libre albedrío de mayorías contingentes, sociales o, incluso, políticas. Todo depende de la decisión y de una supuesta libertad omnímoda de los individuos y de la comunidad. Pues bien, cabría en este contexto preguntarse, ¿puede subsistir el hombre y vivir una vida plena y digna en este contexto social y antropológico? Más aún ¿Cómo proponer hoy a los jóvenes y transmitir de generación en generación reglas de vida, certezas esenciales y un auténtico sentido de la historia y de la existencia humana. No es casual, en estas circunstancias, que muchas veces se nos transmita un sentir generalizado, una opinión común de que la educación debe concebirse, única y exclusivamente, para la transmisión de determinadas habilidades técnicas o, simplemente, para capacitar profesionalmente a nuestros jóvenes. En esta concepción que se generaliza en nuestra sociedad, quedan retenidas, olvidadas y relegadas, las bases más certeras para lograr el crecimiento de la persona desde una perspectiva integral en el sentido más pleno y más profundo y que es la base de la felicidad de las nuevas generaciones. De ahí también el extravío y el desconcierto tanto de los padres, como de los profesores, que sienten, a veces, no comprender, ni siquiera, cuál es su papel o la función tan esencial que les es propia. Y ahí es donde se produce la gran quiebra que padecemos en la educación y esa divergencia educativa a la que se refiere habitualmente el Santo Padre. Y así es precisamente como no ofrecemos a los jóvenes, a las nuevas generaciones, lo que tenemos la obligación moral de ofrecerles y de transmitirles que es la verdad, la verdad del hombre que es inseparable de Dios. Y esta situación, no satisface porque desatiende el fin esencial al que está llamado la educación que es la formación integral de la persona humana a fin de que pueda aportar o, por lo menos, estar en condiciones objetivas de poder aportar, su contribución al bien integral de las personas y al bien común de la sociedad en la que vive y permanece. No es casual por tanto que sean cada vez más las personas, y también las instituciones que reflexionan sobre las bases de lo que debe ser una auténtica educación y sobre el redescubrimiento de la necesidad de educadores auténticos, de profesores y de maestros orgullosos de su vocación y de su misión, que lo sean en el sentido más pleno y más profundo.

En este orden de cosas el formar maestros y el testimonio de vida de los educadores cristianos es esencial para la formación de los estudiantes en el amor, la caridad y la esperanza cristianas. Benedicto XVI habla en este sentido de la caridad intelectual. Este aspecto de la caridad invita siempre al educador a reconocer que la profunda responsabilidad es la de llevar a los jóvenes a la verdad que no es más que la expresión de un acto de amor. De hecho la dignidad en la educación reside en la promoción de la



verdadera perfección y la alegría de los que han de ser formados. Caridad intelectual que presupone la unidad esencial del conocimiento frente a la fragmentación del saber que rezuma la cultura dominante y que surge cuando la razón, precisamente, se aparta, como dice el magisterio de la Iglesia, de la búsqueda de la verdad. Caridad intelectual que lleve a los jóvenes a la profunda satisfacción de ejercer su libertad respecto a la verdad y esto impulsa a formular la relación entre la fe y los diversos aspectos de la vida, de la familia, y de la vida civil. Y una vez que estos grandes maestros, movidos por el amor profundo hacia el educando, hacen despertar esa pasión, la pasión hace vivir con plenitud la verdad de la educación por la unidad del saber en la verdad. Y los jóvenes estarán seguramente satisfechos de descubrir que la cuestión sobre la que pueden conocer les abre a la gran aventura de lo que deben hacer. Entonces experimentan en quién y en qué es posible, a pesar de todo, y se animarán a ofrecer su contribución a la sociedad de un modo que genere y fortalezca su propia esperanza y la esperanza de los demás. Tal concepción de la propuesta educativa, enraizada en lo más profundo de lo que constituye la educación integral de la persona humana, es la más conforme a la sabiduría y a los designios divinos, y es la que contribuye y sirve a la dignidad de la persona humana para discurrir y discernir mejor, y para rechaza mejor todo lo que usurpa o mancilla el nombre de Dios y desnaturaliza lo más profundo de la humanidad del hombre. A todo ello debe llevarnos el redescubrimiento de una nueva educación, que es a lo que se ha dedicado también este congreso. Una educación libre de ataduras, del Estado y de los poderes públicos y una educación al servicio del hombre. Se trata de un sentir cada vez más generalizado y de una opinión creciente. Como decía Benedicto XVI en la carta a la diócesis de Roma que antes cité, es algo que reclaman los padres, preocupados y a menudo angustiados por el futuro de sus hijos, es algo que piden e impetran los profesores y los maestros que viven día a día la triste experiencia y la degradación de la educación y con ella la erosión profunda de su auténtica vocación. Lo reclama la sociedad en su conjunto que ve como se ponen en peligro y hasta como se minan en ocasiones las bases mismas de la convivencia civil. Y lo piden, en el fondo, como dice el Santo Padre, los mismos jóvenes que no pueden, ni quieren quedar solos frente a los desafíos del futuro. En este contexto, esta casa, el CEU, la Universidad CEU Abat Oliba tiene una misión profunda de contribuir a esa verdadera educación y a formar maestros católicos desde su proyecto, concebido para todas sus universidades, de magisterio y, como parte que es de la Iglesia, y de la vida y de la misión de la Iglesia, educar en la verdad, educar en la fe y educar en el seguimiento a Jesucristo. Como dice Benedicto XVI en su primera carta encíclica *Deus Caritas Est*, uno no se hace cristiano por una simple idea, o por una decisión ética, lo es por el encuentro con un acontecimiento que es la persona de Jesucristo. Las obras y los centros educativos católicos tienen el deber de procurar y de crear las condiciones para que en sus aulas se produzca el encuentro con ese acontecimiento. A ello nos encomendamos desde esta casa y desde el CEU, y a eso queremos contribuir humildemente desde nuestra misión. Una misión que nos propone el Santo Padre cuando dice, “En el vasto mar de la cultura, Cristo siempre tiene necesidad de ‘pescadores de hombres’, es decir, de personas de conciencia y bien preparadas que pongan sus competencias profesionales al servicio del bien, en última instancia, al servicio del Reino de Cristo.” Muchísimas gracias y felicidades a todos.